Vacaciones eternas

A. J. Bozinsky



Primera edición 2019.
Edición corregida 2022.

I

Basta de ecuaciones y números irracionales. Basta de la reciente caída del muro de Berlín. Basta de graficar cosas inútiles y de descuartizar libros aburridos. ¡Al fin vacaciones! Para que sean plenamente disfrutables, deberían ser eternas… Nada de comienzo y fin como en los cuentos y las novelas. Simplemente: eternas.

Vamos como una tropa escapando del matadero, bajando las escaleras del liceo que dan a la explanada donde tomaremos diferentes sendas. Grupos amalgamados se escindirán dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales, y en la rosa de los vientos, unos estudiarán para eficientes leguleyos, otros para doctos matasanos, para ingenieros de mirada vaga y pensamiento metódico, profesores que un día volverán al liceo, y un etcétera de personas engranajes cosas que andarán hasta que se les acabe la cuerda.

Solo, vuelvo a casa… No deseo nada, no quiero ser nadie más que

yo. Necesito respirar mi propio aire, un aire fresco, exquisito, que se detiene remolineando en las copas de los árboles, y que desciende trayéndome entreverados, contornos de recuerdos de otras épocas, abstracciones de tiempos en los que no era nacido… Así es mi aire, así mis abstrusos recuerdos. Solo, respiro mejor. ¿Para qué quisiera ser alguien? ¿Quién cree que puede ser alguien? Al final, a lo único que podemos aspirar, es a ser un poco más de aire. ¿Cómo puedo desear ser algo? “Yo soy el que soy”.

¡Ah…! Vacaciones… Verona se va con sus amigas como si a cada paso golpeara delicadamente la tecla de un piano; Sandra marcha a las risotadas con un grupo del que saldrán perdedores y delincuentes; la masa de incógnitos hará ruido, mas una vez que pase, no dejará huella y volverá la calma… Pero habrá nuevas generaciones circulando en un molinete sin fin, y yo estaré allí, con mis ojos desmesuradamente abiertos.

Tomaré unas vacaciones eternas. Vagaré en busca de aventuras. Volcaré al papel lo que pueda robarle a la noche. Tomaré el té y conversaré con mi madre.

Tengo fe en que ganaré para volver a perder. Multiplicaré el uno y después lo dividiré. Daré un salto, con mis manos tocaré el cielo, y caeré en picada. Qué más da si al final es lo mismo: ¿No está el Todo contenido en la Nada?

¡Ahhh…! ¡Por fin vacaciones!

II

Verona es una joven que no llega a ser hermosa. Quisiera acercarme a ella y decirle “Rona”, pero algo frío en el semblante obliga a completar su nombre. El cabello negro, sedoso, forma bucles que caen hasta una altura que está entre los hombros y codos. Estoy seguro que sus pómulos son rosados por el colorete, porque está hecha del tono del mármol. Sus vestidos, como sus lecturas, están a la moda. Si por lo menos sus ojos brillaran más de lo normal, o sus ojeras fueran más intensas, o su nariz luciera una curva apenas más pronunciada… Pero no, es irremediable, queda justo en el medio, en un equilibrio sin gracia.

De tarde, raro para la época, estaba lloviendo. Tomé el paraguas y salí a dar un paseo.

Naturalmente, mis pasos me llevaron hasta el distinguido barrio donde vive Verona. Las veredas sin baldosas rotas, ornadas por fresnos que se repiten matemáticamente en interminable simetría; las casas de dos pisos y numerosas habitaciones

con enredaderas o no, pero sí con un garaje al costado, lucen fachadas joviales, como rostros de empresarios entrando en sus oficinas; los jardines delanteros son muy prolijos, con canteros de flores multicolores y plantas caras, y el césped siempre verde y recortado por la mano de un esmerado jardinero: me parece una porquería.

Al pasar debajo de la ventana del dormitorio de Verona, separado por los veinte metros de jardín y un enrejado que se mueve con motor eléctrico, observé los postigos abiertos y que, desde dentro, la cortina transparente se movía. Era una de esas cortinas por las que se puede mirar desde adentro hacia fuera, pero no al revés. Quizás Verona, tomando té y leyendo una revista o una novela, alzó los ojos y vio a un tonto parado allí abajo, mirando para arriba, cubierto por un paraguas. Un movimiento misterioso, pero no más de uno, movió la cortina.

Así como después de la lluvia en un día templado, nacen infinidad de hongos, mi cabeza se llenó de preguntas coherentes al principio, y no tanto después: ¿Había movido ella la cortina? ¿Era una señal del

destino? ¿Me habría visto? ¿Me reconoció por mis ropas? ¿Pensó que era un vagabundo? ¿Avisaría a su madre y llamarían a la policía? ¿Estaría bebiendo té o café, o café con leche o nada? ¿Lo acompañaría con masas finas? ¿Jugaría con su mascota? ¿Los pelos de la perrita quedarían adheridos a su vestido? ¿Cómo sería en ese momento su respiración? ¿De qué forma latiría su corazón? Me hubiera gustado, aunque fuera por un instante, todo lo que se pudiera saber de su cuerpo y de su alma.

Por la noche, tendido de espaldas sobre mi cama, con la luz apagada y una vela encendida, las escenas del día se proyectaban sobre el techo como si fuera un cine, y en mi cabeza retumbaban preguntas que me ridiculizaban: ¿Estaba enamorado de Verona? ¿Me aceptaría? ¿Me aceptarían sus padres? No, no y no. Esa muchacha era el justo medio que conduce a la mediocridad. La vida no podría ser más aburrida junto a ella. Dejaría de pensar en Verona. ¡Basta!

Lo juro.

III

El dormitorio es una especie de santuario. Uno puede estar tirado boca arriba sobre su cama, como en las iglesias se hincan los feligreses; en vez de contemplar figuras de santos, uno puede leer viejas ediciones de obras clásicas, que compró usadas por muy poco valor; el incienso se puede reemplazar por cigarrillos, y el agua bendita por café. Afuera de los templos donde la entrada es universal, brilla el sol que a mí me molesta, por eso he cerrado la ventana y, ayudado por una oscura cortina como fiel portero, le impido la entrada. No es lo mismo la luz eléctrica, por eso, en mi religión como en cualquier otra, deben prenderse velas.

El sol, tan grande para el hombre y tan poco para sus pares, suele tornarse molesto, y cuando no, insoportable. Hace sudar al hombre lobo, quema al hombre murciélago, y brota ampollas en la piel del hombre cadáver. No permite vestir ropas pesadas y oscuras, ni salir a gastar botas, ni abrir el paraguas negro con empuñadura de cuero y

punta de metal. El sol es mi enemigo. No dudaría en tomar la escopeta y dispararle en el centro para que, herido de muerte, se hundiera en los precipicios del infinito. Entonces, podría dejar mi ventana abierta, y sus lejanas hermanas y la luna, acudirían solícitas a acariciarme con sus luces pálidas…

Ni siquiera tengo escopeta.

Enciendo la vela, y ya provisto de un nuevo libro que no me ha costado ni el precio de un pan, me entrego a la luz trémula que germina las bellas palabras de antiguos muertos que, con sus sabias plumas, las enterraron para que, por ejemplo, ciento cincuenta años más tarde, un cadáver acostado en su cama, que ha querido asesinar al sol, tenga un poco de felicidad… De verdadera felicidad.

—Javier… Javier… —se escucha desde la cocina, la voz de mi madre.

Es hora de almorzar. No contestaré, porque me encanta escuchar la voz de mi madre.

—Javier, a comer.

Dejaré que me llame varias veces, luego, tendrá que venir hasta

mi dormitorio. Cuando esté a punto de golpear la puerta, daré un salto y la abriré antes, y la abrazaré y la besaré y diré que estamos jugando una carrera para llegar primero.

Mi madre es una santa. Debería colgarla de mi biblioteca.

IV

Adoro el aroma del pollo con papas dorándose en el horno, que escapa de la cocina, cruza el living, sube las escaleras y anda por el pasillo hasta filtrarse por debajo de la puerta de mi dormitorio, avisándome que en breve el almuerzo estará pronto.

No me costará esfuerzo marcar el libro con una pluma, cerrarlo y abandonarlo sobre mi escritorio, echar la silla hacia atrás, abrir la puerta y bajar volando las escaleras, antes que mi madre termine la oración:

—¡Javier!, a comer.

Aunque alce la voz, lo hará con tal dulzura, que su modulación será cálida y acogedora.

—Madre, ¿por qué no dejas que te ayude? —la mesa está puesta, la fuente humea irresistible, el pan ya fue cortado en rodajas iguales, el agua fresca en su jarra he de verterla en las copas—. Por lo menos —tomo la pinza primero—, elige presa.

Siempre toma la pechuga, y de inmediato le quita la piel como le

indicó el médico. Me sirvo un muslo. Jamás permitirá que al principio lo sostenga con las manos, pero después, cuando ya le quede poco, será transigente mas exigirá envolverle la punta con una servilleta de papel.

—Hay que masticar despacio, Javier. No te apures. ¿Qué tienes que hacer?

—Es cierto, madre. No tengo nada que hacer. Estoy disfrutando de unas vacaciones eternas… No tendré mayor ocupación que la de estar a tu lado.

—¡Oh! Qué chico… El año que viene te quiero estudiando.

—Shht… Shht… —la interrumpo como si alguien hubiera llamado—. Madre, estas vacaciones son eternas, no insistas, por favor.

—Loco.

—Estaba pensando —hago un intento por servirle otra papa que rechaza, pero no así el agua—. Estaba pensando en cuando trabajabas en la Intendencia.

—¿Sí? Bueno, no hace tanto tiempo, entonces —cuenta las veces que mastica, antes de tragar—.

—Es cierto. Pero, ¿te has dado cuenta del tiempo que hemos perdido de pasar juntos y hablar de

nuestras cosas? ¿Te das cuenta que es irrecuperable?

—Mi niño… De todos modos, fíjate que hay madres, o, si quieres mejor, familias, donde sus miembros apenas se dirigen la palabra. En cierta forma, somos privilegiados.

—Sólo dices verdades. Volviendo a tu trabajo en la Intendencia…

—Estás tragando sin masticar —me amonesta dejando el cuchillo sobre el plato, señalándome la boca con su dedo—, y deberías hacerlo antes de hablar.

—Bien —obedezco—. ¿Cómo hacías para no morirte del aburrimiento en ese museo?

—Hay mucho para hacer en un museo. No es estar sentada sin más, o conversando con las compañeras.

—O leyendo revistas —mastico como es debido.

—Exacto.

—¿Y has visto algún fantasma?

Mi madre alza la vista y me mira fijo, sus mandíbulas dejan de ejercitarse, y los redondeados carrillos de acompañarlas.

—¿Fantasmas?

—Sí. Alguien que vino a reclamar su pistolón destartalado del siglo dieciocho; o una dama por

su vestido de fiesta; o un héroe por su sable oxidado.

—Sabes bien que un museo es un lugar tranquilo, como un cementerio, pero sin fantasmas —corta un pequeño trozo de pollo y otro de papa, y mastica con vigor. Luego, el trago de agua.

—Tengo ganas de ver un fantasma.

Levanta la mano, y la baja restándole importancia a mi deseo.

—En serio, mamá. Aquí nunca he visto nada. He pasado muchas noches mirando por la ventana hacia el fondo, entre los árboles. He bajado y me he quedado buen rato en la glorieta, atisbando entre las sombras, y nada. Aquí no hay fantasmas. Debo ir al cementerio.

—Hijo... —se limpia con la servilleta, dándose una pausa para expresar con exactitud lo que quiere decir.

—Una ida al cementerio. Para empezar, de día; digamos que para reconocimiento; luego, sí, de noche. Es imposible que en un cementerio no haya fantasmas.

—Javier —hace uso de su voz seria e incolora—. ¿Por qué no haces lo que hacen los chicos de tu edad? ¿Por qué no invitas a...?

—Shht... Shht... Madre, te prohíbo que sigas. Estoy de vacaciones, por lo tanto, me sobra tiempo para ir de visita al cementerio.

V

Desde la puerta me despido de mi madre, que suelta su cabello plateado, apoya la cabeza sobre la almohada cerrando los ojos, cayendo profundamente dormida.

Subo la escalera, entro en mi dormitorio, salgo por la ventana y me tiendo sobre el techo del cobertizo.

¡Ahhh! Las estrellas, tan lejanas, inalcanzables hasta para la imaginación. Qué sería de nosotros si sólo tuviéramos una bóveda negra… Y allí, detrás de los pinos del fondo, linderos con la casa del vecino, se va alzando la luna llena… Puedo pasar todo el tiempo que quiera, inmóvil, contemplando cada detalle que se va gestando en mi anhelado paisaje nocturno. Un satélite, o lo que sea el punto luminoso que transita su curvilíneo recorrido, me hipnotiza hasta que el vuelo fugaz de un pájaro oscuro, me devuelve a mi cuerpo. Puedo ser uno con la noche, puedo palpitar en cada estrella, flotar con la perfumada brisa que viene de otras tierras, que surca la ciudad y se cuela por los

árboles y edificios, transportándome hasta los sitios donde nunca llegaré… La luna, hoy radiante y redonda, se agiganta y parece querer llevarme en su perezoso viaje. Y yo estoy dispuesto… Estoy dispuesto a morir y desintegrarme en un segundo; que el influjo de sus aspiraciones comience a elevar mis partículas, a través de una atmósfera mágica. Veré mi casa desde lo alto. Ya no tendré ocasión de despedirme de mi madre, que duerme el merecido sueño de los justos, mas sabrá comprender… En su corazón, sabrá comprender que su hijo fue adoptado por la luna, que se lleva a sus fieles amantes. Mis átomos serán lunares. No existiré nunca más, y sin embargo, existiré en todo. No seré nada, pero vivirá el recuerdo de un muchacho noctámbulo, cuando mi madre mire hacia la luna.

VI

Ya ha leído el periódico, y lo ha dejado doblado sobre la mesa ratona del living, para que yo lo lea mientras prepara el desayuno.

Las noticias no cambian gran cosa… Las tostadas en el horno, comienzan a tentar con su fragancia. Problemas internacionales llevan a realizar grandes esfuerzos para conseguir la paz en un punto del globo, mientras que en su antípoda estalla una guerra que nadie esperaba. Café con leche para los dos, y cada uno se echa sus propios terrones de azúcar. Algunos políticos chocan contra otros, y, muy astutos, hacen gala de sarcasmos (ojalá utilizaran tanto ingenio para ser útiles a su país). Se escucha el chirrido de la puerta del horno, y si aguzara el oído, escucharía el roce de las tostadas que se van ordenando en una oblonga panera. La editorial castiga a la izquierda, mientras mantiene un secreto romance con la derecha. La bandeja se va colmando con dulceras, el platillo de la manteca, los pocillos, el azucarero, y cada objeto emite una

nota particular en el concierto que dirige mi madre. Cuántos rostros, cuántas máscaras, cuánta gente importante y titulares diversos nutren el diario, y qué poco me importan. Se acerca con una sonrisa, muevo algunos adornos haciendo lugar para la bandeja, que deposita inclinándose con una mueca, seguramente su leve dolor de cintura. En esta ciudad han muerto algunos que cada vez más seguido mi madre conoce, en otras partes mueren cientos, y en otras peores se cuentan por miles (miles de vidas distantes, anónimas, que resultan indiferentes, como si acaso no tuvieran sentimientos ni parientes que los llorasen, como si fueran personajes de un cortometraje, pero que, no obstante, son tan reales y sentirán casi lo mismo que cualquiera que camine sobre su esqueleto). Unta manteca para mí, para ella se reserva sólo la miel. Palabras cruzadas, sopas de letras, encuentre las diez diferencias... (qué aburrimiento el entretenimiento). Robos, asalto, un incendio. Agrego azúcar, revuelvo, y tomo un sorbo (no hay nadie en el mundo que prepare mejor el café con leche). La gente solicita espacio

para quejarse, las cotizaciones siguen iguales salvo una moneda que está a la baja, parten excursiones y con ellas gente expectante que recorrerá el cascarón de un huevo que no se sabe bien lo que tiene dentro. Asiento, y mi madre corresponde satisfecha, haciendo crujir su tostada. Festejaron una boda y un aniversario (al menos en la foto parecen felices). Me pregunta si estoy leyendo el horóscopo, y le contesto que no creo en estupideces, pero a su pedido, comparto lo que dice el mío: Podría tener dificultades para expresarme; debería evitar profundizar en ciertos temas donde podría crear confusiones; los números de la suerte son el 01, 11, y 67. En un recuadro, se llama a un concurso de cuentos (¿Por qué no?). Me señala una miga en la comisura de los labios, y yo le señalo otra en la suya, sólo para que haga morisquetas y se preocupe por la pulcritud de su aspecto. Compran y venden cosas, y se me ocurre qué pasaría si las personas en vez de andar regateando por la vida, quisieran luchar por quién regala más. Me acusa de tramposo, por lo que la felicito por el opíparo

desayuno. El deporte no me interesa. Insiste en que estoy muy flaco y que debo hacer un esfuerzo por comer más, entonces inflo mi barriga y la amonesto por llevarme hacia el camino de la gula. El pronóstico del tiempo anuncia lluvia (ojalá se nuble y llueva por siempre, creando un clima propicio para que pueda inventar un cuento).

VII

Nunca hablé mucho con Sandra. Es que no hay de qué hablar con alguien que sólo piensa en tener amigas, ir a bailes, conocer chicos, hacerse comprar cosas. ¿Cómo podríamos trascender los lugares comunes?

—¿Has leído “Papá Goriot”? —le preguntaría con naturalidad—. Me impresionó el pasaje en que dobla la bandeja de plata—.

—¿Papá quién? —diría enarcando las cejas, subiendo el labio superior, torciendo la nariz.

—Bueno, ya sé que hoy en día este tipo de novelas no son muy atractivas, pero el contenido verdaderamente nos enseña…

—¿Me das un cigarrillo?

La estupidez suele alejarse de las deformidades, y se entremezcla subrepticiamente con la belleza, dotando de hermosura a cualquier cabeza hueca. Sandra es un caso típico. Posee singular atractivo y, sin ser lo que pudiera decirse “una beldad”, los muchachos son atraídos a ella como moscas al dulce. Confieso tener algo de mosca en mis

venas, y aunque mal le cayera a mi estómago, más de una vez me he sentido tentado de libar su miel.

¿Cómo será tu vida en el futuro? La noche encubrirá tus hazañas, y tus amigas dirán que estuviste con ellas… Desfilarán por tus piernas abiertas la mitad de los que te conocemos. Pese al trajinar, serás incansable. Como no estás dotada de brillante inteligencia, pero tampoco descansa un florero sobre tus hombros, sabrás prevenirte para dar rienda suelta a la independencia. Puede ser que termines tus estudios superiores, si te haces con el don de la constancia. Tendrás un trabajo bien remunerado, que lo podría haber obtenido alguien con mayores virtudes… pero la gente como tú consigue lo que se propone, no como esos tontos con moral. Al fin, alerta a los primeros signos de irreversible desgaste, compondrás las cosas, resaltarás las mejores cualidades, y ésta será notoria cuestión para un excitable hacendado que te invitará a cenar paseándote en su enorme camioneta. Y ahí sí, parirás criaturas como Dios manda, y los domingos irás a visitarlo a la iglesia.

¡Oh, Sandra! No tengo método científico, no sé si intuición, ni si tiene parte la Providencia, pero mi amiga, claro es el futuro para mis ojos.

VIII

El año pasado, estaba perdidamente enamorado de Giuliana. Mi corazón se resquebrajó cuando la vi besarse con Fernando. Son curiosos los mecanismos de la psiquis, o las reacciones del alma, o lo que sea que me llenó de odio contra el novio. Después de todo, ¿a quién se puede culpar cuando algo no es para uno? No importa. El odio que me embargó durante meses, me servirá para crear el cuento que presentaré al concurso cuyas bases están en el periódico. Jugaré a ser escritor.

Empezará así:

“Lo odiaba. Desde lo más profundo de mi alma, detestaba a ese hombre que, sin embargo, ningún mal adrede me había provocado”.

No entiendo cómo los escritores pueden sufrir de algo tan ridículo como el “síndrome de la página en blanco”. Cada vez que tomo el lápiz y lo apoyo sobre el papel, debo sujetar mi mano para no escribir atropelladamente el fárrago de ideas que me ataca... ¿De dónde

vienen tantos personajes? ¿Qué hace esa gente en mi cabeza? ¿Será que viven sus vidas con normalidad y yo soy un espía, o roban la energía de mi atención para sostener sus actividades? Me pregunto si el autor puede ser el creador de su obra, o el obrero que aplica su oficio en lo que providencialmente le viene dado, o acaso sea un mero copista de puños gastados.

En fin, me pondré manos a la obra. Sea lo que el cuento fuere, habrá miles de teóricos con sus cajones desbordantes de hipótesis, pero el trabajo de campo es para uno solo, y es bastante parecido al del arqueólogo que suda bajo el sol.

IX

Abierto de 7:00 a 19:00 hs.

Este cementerio de altos muros y largos cipreses, recibe a ricos y pobres por igual, pero los distribuye y acomoda de forma muy distinta, como en cualquier lugar del mundo.

El olor de las flores podridas, la quietud y el arrullo de las palomas, me dan paz. Como los muertos, necesito paz… Es extraño, cualquiera diría que un joven preferiría la música y el baile, charla y ruido, bebidas y ropa, o cualquier otra fruslería. Prefiero el mármol y el granito, los caminos que conducen hacia las tumbas, la tierra que desgrana cadáveres, pinos, sombra, silencio… La muerte me resulta familiar.

Indefectiblemente, pienso en mi madre. Es probable que ella muera primero, y yo tenga que besar su frente fría, cargar con el cajón, entregársela al nicho que previsoramente ha comprado para alojarnos. Se me hace un hueco en el vientre, mi corazón palpita horrorizado, un escalofrío recorre

mi cuerpo. No, madre... No quiero que mueras nunca, mas tampoco tengo derecho a amargar tus atardeceres tranquilos con una defunción inesperada.

¡Basta ya! Basta de inútiles tormentos. He venido aquí para ver algún fantasma, y he sufrido el asalto de pensamientos mortuorios... ¿Dónde están los fantasmas? ¿Es cierto que después de transcurridas unas cuantas horas, las almas se desprenden de los cuerpos y comienzan a vagar aletargadas, en un estado que desconocían o habían olvidado? ¿Hay gente que posee el don de ver y conversar con los muertos? De verdad, ¿qué haré si me encuentro cara a cara con un fantasma?

¡Cuánta tristeza! ¡Cuánto dolor se recoge entre estos cuatro paredones! ¡Cuántas historias se van desvaneciendo bajo este suelo! Desde viejos despreciables hasta tiernas e inocentes criaturas, amores que lucharon heroicamente para ser vencidos, enfermedades que ganaron, personas sin pena ni gloria, ilustres desconocidos, y todas las posibilidades que se pueda imaginar. Pero la muerte sólo tiene

éxito en esta manzana maloliente; afuera, continúa la vida.

He tenido la fortuna de encontrar un panteón abierto. Miro hacia todos lados, para ver que no hay nadie. Tengo que saber qué se siente estar adentro de una última morada, antes de estar muerto. Entonces, apoyo mi pie sobre la escalerilla de hierro, y desciendo... No es tan grande como pensaba. Dos estanterías guardan cajones y urnas. Reina el silencio. Arriba, un cuadrado de cielo celeste, se convierte en penumbras y humedad. ¿Habrá en esta modesta habitación algún fantasma? Es tan grata la paz de este lugar, que me gustaría recostarme y dormir junto a esta familia que aunque no me haya invitado, compartirá sus sueños. ¿Y si alguien viene y cierra la puerta con candado? Bostezo... No es prudente. Vuelvo a bostezar... Tendría que gritar y dar puñetazos. ¿Y si quien cierra es sordo, o huye cobardemente? Subo aprisa la escalerilla, y siento que la vida se cuela por todos lados en este gran cajón, siendo la muerte vencida a cada instante. ¿Se percibirá mejor la vida si se cruza la línea?

Paseo por caminos internos, contemplo estatuas, adivino símbolos corrientes de épocas pasadas, leo inscripciones, y no veo ningún fantasma. Tal vez, no existen. Tal vez, morimos y eso es todo.

Me voy… Abandono este lugar donde es seguro que he de volver… Pero antes, antes… La veo a ella.

Ella.

X

Volví a casa. Abrí la puerta y entré. El espectáculo ante mis ojos, me lo dijo todo en un segundo.

En un sillón, mi madre se inclinaba sobre la tetera, y servía té para otra señora de su misma edad, pero con rasgos insulsos y vestida a la moda de una iglesia, y para una muchacha de mi edad, que indudablemente era hija de su compañera de sofá.

—¡Hijo! Qué bueno que has regresado —dejó la tetera y tomó una bandeja con galletas dulces, ofreciéndola—. Hay de avena, canela y miel.

Mi madre ya no era mi madre. Se había colocado un disfraz y una máscara, tratando de agradar a sus invitadas con frases armadas y cumplidos, contándoles las maravillosas bondades de su hijo, que había quedado paralizado en el umbral.

Traté de recordar el nombre de la muchacha que, aunque fuera al mismo liceo y estuviera en igual grado, podía seguir siendo una sombra que agregada al grupo

aumentara el volumen, pero cuya identidad carecía completamente de interés.

Me acerqué en vuelo de reconocimiento, tratando de recordar el nombre, y a su vez mis pasos dieron una vuelta con el cuidado suficiente para ponerme rumbo a la escalera.

—Josefa y su mamá nos han venido a visitar —señaló el sillón libre—. Ven a charlar un momento con nosotras.

Josefa… Josefa… ¿Podía existir un nombre más espantoso? ¿Cómo permitían castigar a alguien de esa manera? Había miles de posibilidades, pero Josefa… Me miró apenas, y noté que sus mejillas ardían tanto como las mías. Quizás, a pesar de todo, la timidez patológica nos uniera… para desunirnos al instante; a ella, impulsándola a observar la nada; a mí, escaleras arriba pensando en que a una adolescente pecosa de andar duro, de ropas anacrónicas, de cabellos cortados a cuchillo por alguna tía que hacía veinte años había aprendido a hacer un corte que nunca más abandonó, de ojos que tenían el brillo de una mente poco dotada, de una boca que se

abría de vez en cuando para decir sonseras, no le quedaba tan mal “Josefa”.

—Enseguida vuelvo —me precipité en mi dormitorio.

Muy a mi pesar, me sentí traicionado por mi madre. Después de tantas horas de profundas y gratas sobremesas, de compartir momentos sublimes jugando a las cartas o mirando televisión en domingos lluviosos, de sentarnos a contemplar estrellas en los calurosos veranos esperando a que la casa se enfriara, mi madre había establecido contactos, poniendo en práctica un manido plan para embaucarme, haciéndome objeto de un programa cuyo abominable fin sería poner término a mi libertad en el mediano plazo, para luego, en su apoteosis, casarme con una boba llamada Josefa.

Giré la falleba, abrí la ventana, me descolgué cuidadosamente hacia el techo del trastero, y desde allí a tierra firme. Herido y aturdido, supe poner pies en polvorosa, mascullando maldiciones, jurando que jamás volvería a pisar aquella casa donde se quería asesinarme.

XI

En la sección literaria, en un volumen de la enciclopedia ilustrada, guardada en un estante debajo del televisor, hay una foto de un escritor. Entre el blanco y el negro, un calvo de entre cuarenta y cincuenta años, gruesos los lentes, con una pipa en la boca, vestido de traje gris, está sentado frente a su máquina de escribir, abúlico por fuera, viviendo intensamente por dentro. Al fondo se ve una cama tendida, quizás a sabiendas de que le sacarían una foto. No faltan anaqueles repletos de libros, y también formando pilas sobre el escritorio, codiciando el espacio ocupado por la máquina de escribir.

Cuando veo imágenes, entran con naturalidad en mi mente, adquieren movimiento y sonido, y cobran vida. Hace años que este hombrecillo regordete expulsa nubes de tabaco, abandona la tarea y se echa en la cama, para luego levantarse y asomarse por el balcón de un décimo piso en el edificio de una gran ciudad, observando el tumulto allí abajo, donde

automóviles y carteles, vidrieras y gente se han convertido en objetos animados. Tal vez, un día yo seré ese tipejo desgarbado.

Mi cuento corto, prácticamente se ha escrito solo. Es como echar una semilla en la tierra de un fantástico huerto fértil, donde a los pocos minutos le sale una radícula, se abren los cotiledones, asoma el tallo, brotan las primeras hojas, y con inusitado fervor la planta crece adquiriendo un porte descomunal. Aunque también hay que saber dar un paso atrás, observar con sobriedad semejante vegetal, sacudirse un poco quitándose el engaño de irse por las ramas. No hay que demorarse en podar. Un buen recorte es suficiente, antes de cambiar de oficio y ponerse a pulir con esmero el nuevo fruto dorado. Llevar a fuego, limpiar, pulir... Si tuviera tiempo, también añejaría este cuento que me ha salido, pero el plazo de entrega especificado en las bases del concurso es perentorio, y me urge aplicarme noche tras noche en un trabajo de alquimista que culmine lo mejor posible.

De maldecir al novio de mi amada ya olvidada, había nacido un

personaje sádico, egoísta, lector de magia negra, adinerado, bebedor y fumador, que gracias a la documentación que obtuve, coleccionaba antiguas y costosas armas blancas, y que tendría que vérselas cara a cara con su propia maldición.

No estaba tan mal. Si yo fuera jurado, me concedería el primer premio. Si fuera ganador, no creo que fuera a buscarlo.

XII

Si pudiera crear un sistema a mi antojo, el calor sería inadmisible. Como tengo que vivir en el sistema de otro, dirijo mis pasos acechando cada sombra, sacudiéndome el sol todo lo que puedo, acelerando o aminorando el paso según esté parapetado o no. Quien me vea caminando hacia el arroyo en un día de verano, supondrá que estoy loco.

Tomo por un camino poco frecuente; lo que menos quiero es cruzarme con gente. Resulta deprimente el tránsito hacia la serenidad de mi destino. Pasando por alambrados de propiedades privadas, levantando mis rodillas para no enredarme entre pastizales, evitando arbustos espinosos, la mirada atenta para no patear hormigueros, llego a una fresca y empinada ribera de umbrías arboledas que hunden sus raíces en tierra arenosa, para beber del cáliz del arroyo…

Es digno de mi mayor admiración. Pobre del botánico que a estas salvajes plantas clasifica y pone graciosos nombres, y del

geólogo que desmenuza el suelo dibujando capas otorgando porcentajes, y del poeta que busca aprehender con su lenguaje la gracia concedida que puede sentir apenas por un instante... ¡Quememos los libros! ¡Vivamos esta mágica realidad! Mañana será distinto y cualquiera podrá, cabizbajo, volver a sus mecánicos quehaceres.

No es tan difícil, si uno se lo propone, ser árbol, o pájaro, o insecto, o las piedras insensibles que no pueden ser el palo podrido que viene navegando corriente abajo... Lo sigo... Lo sigo perdiéndolo de vista, ganando terreno en un trote entre raigones y desniveles, saltando sobre jorobas, bajando la frente ante brazos y ramas de uñas afiladas, hasta que, jadeando, lo encuentro. En la boca se me despierta una risa... ¡Lo tengo! ¡Aquí está mi palo podrido! Y lo lanzo hacia abajo, adelantándole un imprevisible final.

Voy caminando lentamente, recogiéndome en mí mismo, a sabiendas que después de la magia y del asombro, vienen las preguntas y cavilaciones. Los pensamientos se van tornando menos mundanos, y se

entretejen con otros pensamientos que ni siquiera sé si son propios, o de otros que han pensado antes que yo, o acaso de los espíritus del monte. Creo que estos pensamientos, no son humanos.

Sigo caminando… Tal vez algún día me pierda, y nunca llegue como debiera, al río donde los arroyos desembocan… Tal vez mi madre esté preocupada. Sería mejor volver sobre mis pasos, y dar fin aquí mismo a este germen deforme del cual jamás nacerá aventura alguna.

Pero estaba escrito en uno de los cien tomos del estúpido libro de la vida, que en mis vacaciones eternas llegaría hasta un gran remanso, bien abrigado por espesa vegetación, atravesando un pedregoso arenal. En él, regadas por el sol, estaban desparramadas muchas prendas de vestir… Allí donde apenas daban pie, un hombre joven abrazaba y besaba fogoso a una chica que… ¡Sandra! No tenía ninguna duda. Aunque su larga cabellera estuviera lacia y achatada por el agua, aunque la posición esquiva y los movimientos de la mandíbula entorpecieran su identificación… ¡Esa era Sandra!

Cauteloso, repté por la arena sin ser descubierto, junté las ropas en un instante, y, ladrón que huye con su botín, me interné por el monte.

A decir verdad, conozco demasiado este arroyo y, antes que perderme, en media hora estuve a punto de cruzar por un pequeño puente que más adelante une el camino vecinal con una carretera. Al pasarlo corriendo, di un salto eufórico, y arrojé lo robado corriente abajo. Las prendas se desplegaron en el aire, y fueron cayendo una tras otra al agua, casi sin interrumpir la imperturbable corriente... Podría ser que en algún momento, los vestidos de Sandra y del ardiente tipo, se toparan con mi palo podrido.

XIII

—Javier, hijo… —mi madre ponía los platos sobre el mantel, mirándome cómo fingía ver televisión—. Tenemos que hablar de ese tema.

—No quiero. No me interesa —pulsé un botón del control remoto y cambié de canal.

—Lo hago por tu bien —suspiró—. Ya es hora de encaminar este asunto. Por favor, Javier, necesito que me escuches y colabores.

—Tan difícil te resulta dejarme vivir a mi manera —apagué el televisor y me paré—. Qué bien huele la salsa… Pero te equivocas si piensas que preparando mi comida favorita vas a comprar mi voluntad.

—Anda, trae la fuente.

Terminó de colocar los cubiertos, fue hasta la cocina para revolver la salsa que yo acababa de probar mojándola en un trozo de pan, y apagó la hornalla que mantenía hirviendo los tallarines.

—El colador, ¡rápido!

Lo puse en la pileta, y ella, protegida con dos repasadores, asió

la olla y la fue volcando sobre el colador. Una nube de vapor la envolvió, y ciega por los lentes empañados, dio enérgicas sacudidas escurriendo la pasta. Jamás permitía que yo interfiriera en esta delicada operación, aduciendo que a mí se me pegaban, y que no sabía desparramar homogéneamente la salsa.

—Ahora sí, a comer —sonrió contenta del éxito obtenido.

—Creo que podemos permitirnos copas y vino. Lo amerita.

—Que sea rápido. No podemos dejar que se enfríe.

—Cálmate, madre —corrí a buscar las copas y la botella hasta su preciado cristalero.

—¡El queso! En la heladera.

Llevé el queso rallado, descorché el vino y lo serví, mientras ella hacía lo propio manipulando hábilmente las pinzas.

La cena transcurrió con la mayor templanza, disfrutando ambos de cada bocado. Hablamos de pastas, salsas, sabores y texturas. No sabíamos nada de vinos, ni de cuál acompañaba qué, pero coincidimos en que el que teníamos a mano estaba bien. Luego, nos

recostamos en el sofá, bajo la frescura del ventilador de techo y su chirrido como música de fondo.

—Josefa es un buen partido, no la desaproveches —disparó sin aviso.

—No fui del todo claro, madre.

—Su familia es excelente, y ella, por supuesto, también.

—Madre…

—Todavía puedo arreglar el desaire de la otra tarde. Pero no vuelvas a ser irrespetuoso.

—Fue una cena exquisita —dije levantándome.

—¡No! —me sujetó el brazo con inusitada energía.

—¿Por qué no entiendes que quiero ser libre? —me quejé—. ¿Por qué no entiendes que me gusta la soledad?

—Siéntate y escucha —me ordenó, con una firmeza que no admitía negación.

Volví a mi posición, y la escuché inmóvil.

—A cierta edad, las chicas comienzan a ver a los chicos de un modo diferente. Unas empiezan más tarde, otras más temprano. Es natural. A los chicos les sucede lo mismo… Aquí no hay nada malo, es cuestión de cambios físicos que

exigen cierta madurez de la mente. Es bueno que un muchacho tan encantador como tú, conozca a una muchacha seria y de familia. Las madres velamos incansablemente por la salud y el bienestar de nuestros hijos. Sabemos lo que conviene, y también sabemos que cuando no se hacen las cosas a tiempo y en forma, los resultados posteriores son indeseables… No es que te apure, es que actualmente parece que el mundo se mueve más rápido de lo que debiera, y los jóvenes se apresuran a probar lo que les caería mejor si tuvieran paciencia. Sabes a qué me refiero… Tú mismo has visto cómo hay jovencitas de tu edad que ya han perdido el honor, y lo que es más grave si cabe, es que quedan… Yendo al grano, hijo mío, es hora que salgas con una chica; que la invites a tomar un helado; que se sienten en un banco de la plaza y conversen de las cosas divertidas que tengan que conversar… Si no empiezas ya, puede que te ganen, y lo que era nuevo ayer, lo ofrezcan en el mercado de segunda mano… Sé que Josefa no es perfecta, teniendo en cuenta esos asuntos intelectuales con los que andas, pero de igual

manera, se adaptará a ti. Podría ser una buena novia y, en el futuro, la madre de tus hijos y de mis nietos…

Así, descaradamente anacrónica, habló mi madre.

XIV

Seguí el trazo de la última bocanada de humo, que se marchó con la brisa nocturna. Con gusto a tabaco, me eché de espaldas en la cama, y observé las paletas del ventilador de techo en su monótono girar.

No me podía dormir. Las imágenes del cementerio se repetían, se distorsionaban, daban vueltas como el ventilador, e inexorablemente me conducían a ella…

Sentada sobre un prisma de granito, los pies desnudos no tocaban el suelo, la veste y sus pliegues dibujaban un cuerpo joven y hermoso, hombros redondeados y brazos laxos, una mano sostenía un ramillete de flores, una cinta cruzaba la frente y sujetaba abultada cabellera, la cabeza se inclinaba hacia un costado hasta apoyarse sobre la cruz de bronce, del rostro de ojos cerrados emanaba la perfección.

Lucrecia Francia había muerto en 1922, a los diecisiete años, de una cruel enfermedad. Los

corazones destrozados de sus familiares le habían erigido un monumento en su inmaculado honor, desafiando la muerte, otorgando a la adolescente lo más cercano a la perpetuidad. ¡Pero no parecía muerta! Su estatua apenas dormía. En cualquier momento, tal vez, con el roce de una mano cálida, despertaría.

—Lucrecia… —murmuré, y me sobresalté.

Mi voz, el verbo creador, parecía darle vida. Sus ojos comenzaban a estremecerse como atravesados por una débil corriente eléctrica, su pecho duro parecía hincharse imperceptiblemente, el vestido se agitaba…

No, no… El ventilador giraba con su puntualidad de reloj, empujando hacia fuera el denso calor del dormitorio. Mi respiración se regularizaba. Nada había cambiado. Yo seguía vivo en mi tumba, y Lucrecia muerta en la suya. No nos podríamos encontrar jamás. ¿Existirían sus huesos? ¿Sería ceniza? En esta historia no había dos familias en discordia que se oponían al juvenil amor. Ni era el sentimiento sublime enfrentándose a la separación en la rivera de

Aqueronte. Este era el amor de dos jóvenes con setenta años de diferencia.

—¡Ah! Lucrecia —dije en voz alta—. ¿Cómo puedo hacer para verte? Quiero invocarte. Quiero que estés a mi lado. No me importa estar enamorado de un fantasma.

Sentí un ruido. Se me paralizó el corazón.

Mi madre había abierto la puerta de su dormitorio, seguramente, iría al cuarto de baño, o a la cocina en procura de un vaso de agua.

"Estoy enloqueciendo", pensé. "Qué disparates estoy diciendo. No se puede amar a alguien que murió hace tanto tiempo, y, lo que es peor, sin siquiera conocerme. ¡Basta ya! Es hora de dormir. La luz de la mañana, será la luz de un nuevo día que me ayudará a pensar de manera equilibrada. Eso es".

Sin embargo… Lucrecia.

XV

Este día abrió mis ojos.

Deambulaba sin rumbo por la ciudad, la mirada en las baldosas que pisaría, pensando en la cantidad de texturas que circulaban bajo mis zapatos. Y también pensé en que uno puede entretenerse casi con cualquier cosa, pero tampoco tarda en aburrirse de sus nuevos juegos, por mejor ingenio que posea.

Si todos los caminos conducen a Roma, a mí me condujeron a la casa de Verona. Por casualidad o por mandatos inconscientes, me hallé bajo la sombra de los fresnos agujereada por el sol. Sentí vergüenza por estar empapado en sudor, temiendo un encuentro tejido por las hábiles e incansables manos de los bufones que crean el destino. Antes que pudiera secarme la frente, mi infundido temor se convirtió en realidad, pero de un cariz insospechado. Habló, se mofó y hasta insultó la candidez de mi alma, lo condensado en este cuadro:

Un automóvil de alta gama estaba estacionado frente a la casa, cuyas rejas se hallaban

sugerentemente abiertas. Verona, de perfil pero sin mirar las insignificancias que podían pasar por la acera, tenía una sonrisa deliciosa, ajustada e impoluta como su blanco vestido, brillante como sus pulseras, inmóvil como su peinado. Los padres, lustrosos y elegantes, sonreían con un trazo mucho más grueso, las bocas abiertas algo grotescas, que junto a las manos extendidas derrochaban efusión. Un caballero, apuesto, formal y divertido, en perfecta armonía con el coche, asentía, jurando que era consciente del preciado bien que se le estaba entregando, el cual debería quererlo y cuidarlo, y por qué no hacerle costosos regalos, hasta que en un par de años llegaran las sortijas del matrimonio.

Pasé raudo, suplicando para que no me vieran.

¿Y qué esperaba? ¿Tenía esperanzas que Verona se fijase en mí? Estas cosas ya se saben antes de empezar. Todo el mundo las ha visto en literatura y por televisión. Aun así, una profunda frustración despertó decenas de frustraciones pasadas de la misma índole, y fueron a plañir en mi pecho. Si hubiese sido uno de esos barbudos que aparecen

en la Biblia gastando ropajes parecidos a camisones de mujer, no hubiese dudado en arrancarme las incipientes barbas.

Volví a mis pasos vagabundos que esta vez me dejaron agobiado, sentado en el banco de una plaza. El amor de los hombres vale tanto, que puede acuñarse en monedas y volcarse al mercado como una mercancía más. ¿Pero de qué me quejaba? ¿Acaso no quería gozar de la libertad que únicamente en soledad se puede encontrar? Puras contradicciones… ¡Ah…! Vacaciones eternas… Suponía la felicidad, y sólo había tenido pasatiempos absurdos y tormentos. Anclado entre sueños observados por la vigilia, me vi ahí mismo pintado, con las manos resecas empuñando un bastón, la cara arrugada por las tristezas, los ojos nublados por cataratas y penas cosechadas, una boina tapando el cráneo calvo repleto de manchas marrones, sacando migas del bolsillo para arrojárselas a las palomas.

Lo bueno dura un instante, lo malo da vueltas y se repite, atormentando al justo y deleitando al insidioso. En mi obnubilación, no había percibido que, justo frente a mí, en un banco a unos treinta

metros de distancia, separados sólo por el desierto centro de la plaza, una pareja comenzaba a abrazarse… El hombre era joven, desde mi sitio podía notar que estaba recién bañado, y jurar que un perfume bastante caro llegaba hasta mi nariz. Se habría gastado la bolsa o conseguido prestado de algún pariente, o incluso espulgado a su madre para comprar ropa y calzado de marca y a la moda. Ella tenía un vestido blanco con lunares rojos, mal cortado y con vuelos ridículos; los zoquetes hacían juego con unas sandalias marrones muy parecidas a cucarachones. Pero poco le importaba al novio, pues a caricias y cosquilleos, arrumacos y vaya a saber qué palabras tontas pero dichas con precisión, lograban robar primeros besos, duros y torpes. Después de besarse durante unos segundos, ella retiró su boca y lo rechazó sonrojada para tomar un poco de aire… ¡Esa cara la conocía! ¡Esa cabeza cabía perfectamente en ese cuerpo atolondrado y vestido por el gusto de una tía abuela viuda o solterona! ¡Era Josefa!

Me levanté y me fui, deseando no ser visto por segunda vez en el día, y, otra vez, fui invadido por una

horda de pensamientos ora oscuros, ora rabiosos o deprimentes.

—¡Ah! ¡Josefa, mira cómo se ha avivado la boba! —hablé así estas y muchas cosas por la calle, mientras los pocos transeúntes que pasaban se daban vuelta para mirarme.

XVI

Por fin, el verano va muriendo, y las primeras brisas frescas anuncian un otoño más generoso. El cielo, celeste y refulgente, me hace pensar si en otro lugar del planeta podrá existir de un color más bello.

La invitación se escribe sola, así que vamos con mi madre a tomar el té en nuestra modesta glorieta. Hubiera sido más poético que ella horneara galletitas dulces, pero ha preferido comprarlas y ponerlas dentro de una lata con paisajes alpinos. También está abandonando la costumbre de preparar el té en hebras, y ahora lo usa en saquitos. Noto en ella un cierto desgano, quizás los años se lo han traído, o quizás las frustraciones golpean fuerte a cualquier edad. Últimamente, ha insistido en que ya no entiende lo que pasa en el mundo, que la gente ha perdido los valores, y el respeto y la vergüenza han sido sustituidos por sucedáneos del placer. Creo entender a qué se refiere.

—Madre —le sirvo té—. Noto que estás algo mohína. Cómete esta galletita con chispas de chocolate.

Mi madre suspira, prueba un sorbo de té, y da un mordisco a la galletita que estalla dejando migas sobre los labios y la falda, arrancándole un gesto irreflexivo, gracioso.

—Extraño el té en hebras… Sabes, he adquirido cierto gusto por la literatura rusa. No sé ahora, pero antes, preparaban el té en un aparato llamado “samovar”.

—Ahora lo han de tomar en saquitos.

—Siempre dices la verdad, madre —tomo un sorbo, y elijo las mejores galletitas.

—Hijo, ya no sé qué es la verdad.

—Seguramente —digo después de masticar y tragar—, la verdad está hecha de sustancias extrañas, cambiantes, o eso es lo que nos quieren hacer creer.

—No te entiendo —levantó su taza.

—Digo que la verdad… —me sucede a menudo, que voy a explayarme sobre algo, y las palabras se deshacen antes de llegar a mi lengua—. No es nada.

Posiblemente yo estoy hecho de sustancias extrañas.

Empiezo a hablar de cosas más animadas, y consigo que sonría. Trato de hacerla rememorar anécdotas y chistes antiguos, y las historias que le dejó su madre. Dijo que antes, los hombres peinados con gomina, hacían extensos cortejos a las damas para conquistar sus corazones; que se comportaban como caballeros, y que ir tomados de la mano o besarse en las mejillas era más que suficiente; que el novio debía pedir la mano al padre de la novia, y otras extravagancias que siguió enumerando hasta que el té y las galletitas se terminaron.

—Bah… —hice un gesto displicente con mi mano—. No creo que haya sido como lo has pintado.

Mi madre se sorprendió, y caviló unos segundos.

—Es verdad, hijo. No todo era tan lindo…

Entramos los utensilios, y salimos nuevamente al fondo. Cargó la regadera, y fue hasta las macetas donde cultivaba sus queridas hortensias y malvones. Pasé junto a ella con la tijera de podar, y me miró de soslayo. Corté algunas flores que

me parecieron bonitas, y confeccioné un buqué.

—¿Adónde vas con esas flores? —preguntó juntando las cejas.

—Se las llevo a mi novia —dije saliendo por el costado.

Mi madre sonrió satisfecha.

XVII

A la sombra de árboles frondosos, el banco de hierro tiene un respaldo demasiado inclinado hacia atrás, para quien desea pensar dejando discurrir las horas. A su lado, crece fraternal un pequeño ficus de tronco y ramas retorcidas. Esta tarde será distinta mi compañía.

El estrecho sendero de ladrillo molido, me guía por un barrio de casitas húmedas, las mejores despintadas y descascaradas, pero de curiosa arquitectura, rica en columnas compuestas, ventanas abovedadas y puertas de metal.

Llego adonde mi pasión me ha arrojado, dándome la bienvenida un frío en el pecho, que nunca deja de sobrecogerme. Aferrado a mi ramo de flores, la observo sentada de espaldas a mí. Su vestido ligeramente caído, deja ver un hombro desnudo; el cabello recogido, tiene forma de camelia; una mano descansa sobre su asiento, mientras la otra entreabierta, está por dejar caer un

ramillete de pimpollos. Durante la espera, ha quedado dormida.

Me acerco sigiloso y osado, hasta que mi nariz casi roza la suya, hasta que mis labios tiemblan delante de su rictus incierto, hasta que las cejas apenas alzadas no muestran sorpresa, sino dolor… Para consolar a mi novia triste, una caricia desciende por los caprichosos pliegues del vestido, por el brazo, por los dedos, por las uñas ásperas, duras y frías como su sueño.

—Lucrecia —murmuro, y mi mirada baja por los escalones del pedestal de su tumba.

Pinos y palmeras, cielo turquesa, nubes que se forman y desvanecen. En el piso superior de un mausoleo, un hombre sentado es atendido por su solícita esposa. Abajo, un ángel cruzado de brazos, mira indolente a dos niños que le ofrecen plegarias y flores. Otro ángel levanta el índice señalando al cielo, abarcándonos a todos con su sombría faz, exigiendo atención a lo alto, como si fuera lo único digno de gloria. La brisa agita ramas y helechos en este vecindario de gente acongojada, encogida, meditabunda, arrodillada, ensimismada.

Parado sobre la avenida solitaria, jamás me cansaré de contemplar a mi amada, y luego, al único que se moverá durante mis visitas: El sol se cuela por la copa de un ciprés, como si quisiera quemar la figura de Lucrecia con su vestido mohoso, las mejillas marchitas, su piel salpicada con todos los tonos del verde y el negro.